

En primer lugar quiero agradecer a todo el equipo del Hay Festival y las instituciones, en especial Acción Cultural Española, que han hecho posible que hoy podamos compartir esta mesa redonda con todos ustedes. No me quiero olvidar de la excelente labor de la librería española Cálamo, de Ana y Paco, por todo su talento.

Nos reunimos aquí bajo el epígrafe “Talento editorial”. Pero, ¿qué es el talento? Podríamos estar todos de acuerdo en una definición sobre su significado, pero ustedes se preguntarán. “Muy bien, ¿pero qué es eso de talento editorial?”. ¿Talento editorial lector?, ¿talento editorial empresarial?, ¿talento editorial comercial?... ¿Los editores tienen talento? ¿No es el talento competencia de los escritores? Aceptando el consenso sobre la existencia de un talento intelectual del creador, más complicado parece fijar el consenso sobre cómo se reconoce, quién lo posee, por qué surge. Igualmente, podemos poner sobre la mesa que si hay un talento editorial, hay que asumir que también ha de haber un talento lector.

Se nos antoja complicado, pues, añadir un adjetivo a ese “talento editorial” y, desde luego, contestar a los interrogantes que surgen del título de este encuentro. Con este planteamiento, nada mejor que hacer una disección anatómica de la palabra talento y de Editorial Páginas de Espuma. Veamos.

PRIMER CORTE DE LA DISECCIÓN

Los griegos llamaban “tánton” al platillo de la balanza con el que se pesaban metales preciosos. En otras palabras, un equilibrio entre lo precioso, lo único, por un lado, y lo mensurable, lo cifrado, por otro. La imagen me trae a la mente el equilibrio que debe hacer el editor entre lo cultural y lo comercial. El editor, en ese sentido, es una balanza que valora, que sopesa, lo que recibe y lo que entrega al lector. Es quien debe reconocer el talento de aquel que lo tiene o estar atento allí donde surja. Parafraseando a nuestro escritor Eloy Tizón, ser editor es poseer una “técnica de iluminación”. Iluminamos y hacemos ver lo oculto, lo que se sitúa al margen, lo que se encuentra al otro lado de la sombra o del sueño.

Una editorial es un punto equidistante entre un sueño y una empresa, formando entre ellos una línea nunca recta. Hacer posible en el tiempo este vaivén sin que nadie se caiga o corra peligró es cuestión de talento editorial.

SEGUNDO CORTE DE LA DISECCIÓN

En épocas posteriores, tras una nueva evolución del término, se llamó “talento” o “talentum” a diferentes monedas que circulaban en varias ciudades del mundo antiguo. ¡Con lo fenicio nos hemos topado! ¿Un comerciante?, ¿un negociante es un editor? Sí, lo es.

El editor independiente debe velar por la venta de su trabajo y debe velar por otras muchas cosas más. Efectivamente, el editor, además de habitar junto a la palabra, cohabita con el dinero. Ya ven ustedes. No mucho, para qué nos vamos a engañar. De hecho la clave de un editor independiente, como yo, ha sido entender que este negocio no es negocio en la mayoría de los casos. Y ha comprendido que los márgenes de ganancia son muy estrechos y que el dinero, tan rápido como entra, sale. El editor en el mejor de los casos cede la mitad de la ganancia a distribuidores y con la otra mitad paga los servicios más variados de sus colaboradores. Por si fuera poco, el editor tiene la costumbre de comer al menos un par de veces al día, incluso se ve obligado a pagar sus propias facturas. Y es en ese preciso instante cuando el editor oye una voz que afirma sin contemplaciones: “El libro es caro”. Aguantar en estos tiempos, y en estas situaciones, también es talento editorial.

TERCER CORTE DE LA DISECCIÓN

Prosigamos. La palabra “talento” aparece por primera vez en castellano en el siglo XII con el sentido actual de ‘inteligencia’ o ‘dotes intelectuales’. Y uno piensa. ¿El editor debe ser inteligente?, ¿debe poseer dotes intelectuales?... Las preguntas no son gratuitas. El editor Constantino Bértolo diagnostica que tendemos hacia un editor que no lee; André Schiffrin analizó en su día la edición sin editor; el gran Jaime Salinas le contó a Juan Cruz en su último libro publicado recientemente que el editor debe rodearse de otros que posean esas dotes intelectuales y que puedan allanar el camino a seguir por el editor. Partiendo de que la inteligencia es una capacidad innata que no abunda, un editor debe cultivar sus dotes intelectuales de modo que dé profundidad a su lectura, solidez a sus criterios de edición y valor para afrontar el riesgo de sus apuestas. Por ello, creo que el talento editorial aparece y crece en la labor diaria del editor, con sus aciertos y sus errores, mediante el diálogo con los colegas, mediante el intercambio con otros agentes del sector. Con el éxito y el fracaso de los días y las noches.

DIAGNÓSTICO DEL SUJETO: EDITORIAL PÁGINAS DE ESPUMA

Y ahora, pasados quince años que tiene nuestra editorial, estoy convencido de que las dotes intelectuales no tienen la exclusividad del talento editorial. Hay otras que surgen de la convicción, la militancia, el deseo, la coherencia. ¿Son dotes?, no sé. Quizá sean genes, o quizá naturalezas. En ocasiones el editor está tentado; tentado por el abismo, tentado de dejarlo todo porque esos días y esas noches se alargan, se endurecen, se atragantan... Es una carrera tan larga como apasionante; tan compleja como placentera. Y pese a todo... queremos tanto a nuestro oficio. Y ese amar también es talento editorial.

Quiero pensar que estas palabras sobre el talento editorial no son solo eso, palabras. Quiero pensar que son el fruto de tres lustros dedicados a una vocación. Una vocación que camina y camina, admirando librerías y a escritores, descubriendo nuevas orillas y nuevos rostros en la literatura, en el cuento. Evitando elogios falsos y regalos envenenados

Y es que las razones de esa vocación, de ser hoy editor, hay que buscarlas en todas partes y en ninguna.

Soy editor por azar, por lecturas, por familia... Porque no sé hacer otra cosas o porque sé hacer muchas. Porque me gusta leer y me gustan que las personas lean. Porque me entusiasma asistir a la creación ajena. Porque estaba ahí en ese instante exacto en el que se toma una decisión. Porque nada ni nadie me ha obligado. Y es verdad nada ni nadie te obliga, pero algo te empuja a hacer lo que haces, a ser editor. Es inevitable.

Cuando comenzamos la aventura de editar un gran distribuidor me lanzó el siguiente reto: “Montar una editorial es sencillo, ¿sabrás montar a un editor?”. En su momento no supe bien qué quería decir. Ahora lo sé. Han pasado años de ese envite, no obstante no sería categórico en afirmar qué es más complicado.

En cambio, sé que Editorial Páginas de Espuma existe porque un poeta escribió un verso que exactamente cantaba a las páginas de espuma; porque uno no mide riesgos ni peligros; porque uno es lo siguiente a tenaz, testarudo; porque me aburría dar ideas a los demás; porque nadie había creado un proyecto especializado en cuento... Muchos porqués. Tal vez también inevitables-

En fin, quizá sea editor, con o sin talento, porque ustedes están aquí y porque han tenido el talento de la paciencia para escucharme.

Gracias.